cfp 29 Mary Penington 1672 — tomar la cruz

Nacida en una familia rica y aristocrática, Mary Penington se casó con Isaac Penington en 1654. Más tarde los dos encontraron entre los Amigos lo que tanto anhelaban y buscaban, pero al escuchar la predicación de los cuáqueros Mary pasó por una gran lucha espiritual por su apego al "lenguaje, las modas, las costumbres, los títulos, la honra, y la fama del mundo.."

Enseguida me vino a la mente que si yo quería saber si era verdad lo que predicaban, tendría que hacer lo que ya sabía era la voluntad del Señor. Me fue mostrado lo que era contrario a esa voluntad, aquello que tenía que abandonar, y había que llegar a la obediencia completa antes de poder percibir o entender lo que ellos declaraban como principios. Esto obró en mí con gran poder. Cosas que antes me habían parecido de poca importancia, ahora parecían tener poder sobre mí. Temible era el Señor en contra de mis inclinaciones vanas y malas, cosa que me hizo clamar día y noche. Si acaso me calmaba un rato, entonces me lamentaba por miedo a que me reconciliara con las cosas que sentía estaban bajo juicio, y que detestaba con razón. ¡Oh, con cuánta intensidad pedía no ser permitida sentirme tranquila y segura hasta que estos males desaparecieran de mí! Cuán a menudo corría esto por mi mente: "No quieres recurrir a mí para tener vida." "Cierto es que estoy perdida si no recurro a ti, pero no puedo venir sin dejar atrás lo que se aferra a mí, y no puedo apartarme de esto." …

Durante muchos meses no tuve ni paz ni descanso de esta dolorosa faena hasta que, por un sólo golpe de juicio, fui liberada de todas esas cosas que la luz me manifestaba eran engaño, cautiverio, y vanidad, espíritu del mundo, etc. Me rendí a ser necia y a vivir en oprobio, y a tomar la cruz con respecto a mi honor y reputación en el mundo. Contemplar estas cosas me costó muchas lágrimas, noches y días de dolor. Ya no disputaba contra la doctrina que los Amigos predicaban, pero todavía me era una lucha tomar la cruz contra el lenguaje, las modas, las costumbres, los títulos, la honra, y la fama del mundo.

Mis parientes me hacían esta cruz muy pesada. Sin embargo por fin abandoné y rechacé todo razonamiento y toda preocupación sobre cómo proveer lo necesario para la carne. Así recibí fortaleza para asistir a las reuniones de ese pueblo menospreciado con el que nunca había pensado tener nada que ver. Pero descubrí que de verdad son del Señor, y mi corazón los reconoció. Deseaba ser una de ellos, sin importarme ni el costo ni el dolor. Decidí que valía la pena aceptar el máximo costo y dolor para experimentar el tipo de cambio que veía en ellos, el poder tan grande que tenían sobre sus manchas. Me habían dicho contra ellos que

no hacían milagros; pero yo dije que sí hacían grandes milagros, porque cambiaban a los que antes estaban en el mundo y en la sociedad mundana a dejar todo eso. Así, al tomar la cruz, recibí fortaleza contra muchas cosas que había considerado imposibles de resistir. Derramé muchas lágrimas y pasé por gran amargura del alma antes de llegar a ese punto, y a menudo clamaba "Algún día caeré vencida por el enemigo." Pero, ¡Oh! la alegría que llenó mi alma en la primera reunión que tuvimos en nuestra casa en Chalfont. Todavía hoy me queda fresca la memoria de esa reunión. En ese momento el Señor me dio la capacidad de adorarlo en lo que sin duda era suyo, y de entregarle todas mis fuerzas; sí, la capacidad de nadar en la vida que me inundó en ese día. ¡Oh! por cuánto tiempo había yo deseado adorarle sin reserva y levantar las manos sin duda alguna, cosa que experimenté ese día en esa asamblea. Reconocí su gran misericordia y maravillosa bondad, porque pude decir, "Esto es lo que he anhelado y esperado, lo que temía que nunca alcanzaría."

He pasado por muchas y duras pruebas después, pero todas venían del Señor, quien fortaleció mi vida en medio de estas cosas…. Muchas veces ha refrescado mi alma en su presencia, y me ha dado la certeza de que yo ya conozco esa condición en la que él nunca se apartará de mí, ni permitirá que yo sea distraída de todo lo que en su misericordia me ha brindado. Aunque me acosan varias debilidades y tentaciones, mi corazón se aferra al Señor con lazos eternos que jamás pueden romperse. Por su luz veo esas debilidades y tentaciones, a él me lamento, y siento fe y fuerzas que me dan la victoria. Aunque el reconocimiento de mi debilidad me mantiene baja, al mismo tiempo vivifica en mí la esperanza de ver a Satanás pisoteado y aplastado por la gracia omni-suficiente. Siento y reconozco cuando he errado en pensamiento, palabra, y obra; también sé de dónde viene mi socorro y quién aboga por mí; así recurro al que perdona y sana, al que me permite vencer y me pone en mi atalaya. Aunque el enemigo es permitido ponerme a prueba, para que así yo sea destetada más y más de cualquier otra dependencia que no sea en el poderoso Señor; sin embargo no creo que el enemigo jamás podrá prevalecer sobre mí. ¡Oh, que pueda mantenerme alerta continuamente, sabiendo que sólo el Señor puede guerrear contra este dragón! ¡Oh, quiera Dios que yo siempre siga tierna hacia los tentados porque he descubierto mi propia debilidad, que yo siga vigilando y orando para no caer en tentación! Esta condición es dulce, aunque también baja. En esta condición recibo mi pan de cada día, y me gozo en lo que él me da de su mano sin cesar. No vivo sino por el aliento de vida que él me da cada momento.

expandido con referencia a *Hidden in Plain Sight: Quaker Women's Writings 1650-1700*, eds. Mary Garman, Judith Applegate, Margaret Benefiel, y Dortha Meredith (Wallingford PA: Pendle Hill Publications, 1996) pp. 221-223.